

Quijote con su sagacidad insuperable al elogiar a un raro poeta su carencia de vanidad: «No me parece mal esa humildad, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mejor poeta del mundo». Pero la poesía de Jorge Jobet gustará y su capacidad poética será reconocida universalmente, porque es una gran poesía que se impondrá desde ahora y a través del tiempo.—A. R.



COSTUMBRES AMOROSAS DE LOS ANIMALES, de *J. Rostand*  
y otros autores

Catorce autores han aportado su colaboración en esta obra. Entre ellos figuran por lo menos dos mujeres. Todos—franceses al fin—revelan finas dotes de observación y galanura de estilo. El traductor, Carlos Soldevila, ha hecho una versión correcta, conservando la indudable belleza original de ciertas narraciones. La obra, además, revela una exclusiva preocupación científica. Y nadie puede negar la trascendencia biológica y psicológica que revisten las prácticas nupciales en el vario mundo animal.

No, no pienso desconocer ninguno de los méritos que adornan esta excelente monografía, confeccionada por un equipo de especialistas. Pero séame permitido insinuar, sin mayores alcances, un leve mohín de repugnancia ante el hecho de que una mujer nos informe de cuáles y cómo sean las costumbres no ya amorosas, sino genésicas, copulativas de un camello o de una perra. Bien está que nos asomemos sin prejuicios a todas las manifestaciones de la fisiología animal. Inclusive comprendo, en ciertos biólogos, el prurito de llegar a filmar las escenas encaminadas a la perpetuación de las especies. Todo esto y mucho más necesita el investigador consagrado al desarrollo de la ciencia. Y si un Galileo y un Newton, dados al cultivo de la ciencia física, pudieron siempre sublimar sus inquisiciones hacia las regiones inertes y

deshumanizadas de lo etéreo y lo matemático, un Louwenhoek y un Malpighio tuvieron en cambio que descender muchas veces con sus microscopios a las feas realidades del mundo animado.

No, no se me escapan estas consideraciones. Mas tampoco quiero silenciar mi personal reacción, ni dejar de decir que prefiero a esta clase de obras cualquiera de las que plausiblemente publica la Editorial Sudamericana en esta misma colección «Ciencia y Cultura».

De toda la pantomima erótica que se evoca en las 290 páginas del libro, a mí sólo me interesan las conclusiones generales, el fecundo juego de las hipótesis, las conexiones de lo particular genésico con lo universal biológico. Dejando, pues, aparte las peripecias nupciales de paramecios, vorticelas, anélidos y platelmintos, el hermafroditismo de los caracoles, el brazo copulador del pulpo (curiosamente caduco y vagabundo en el nautilo), la autofecundación subsidiaria del cirrípedo, las danzas genesiácas de la araña, las emanaciones afrodisiácas de los insectos y sus apoteósicos vuelos nupciales, la creciente complicación del mecanismo reproductor de los vertebrados a tenor de las adaptaciones que exige la fecundación interna en las clases superiores, sobre todo en la de los mamíferos; dejando, repito, a un lado todas estas particularidades tan interesantes como anecdóticas, me complazco en señalar a la atención del lector los comentarios relativos a la «extremada variedad de procedimientos que se ponen en juego para asegurar la propagación de la especie», tanto que «parece imposible que el cerebro humano conciba una modalidad reproductora que no se halla ya incluida en el prodigioso repertorio de la realidad». Y esta multiplicidad de modalidades encierra, ¡curioso contraste!, una misma peripecia fundamental: la fusión de dos células generatrices en una sola. Permitidme al pasivo óvulo femenino que sea alcanzado por la activa célula espermática y habréis dado cima al objetivo último de la vasta empresa sexual del mundo orgánico. Y ello podéis lograrlo ya, en ciertas especies, mediante la inseminación artificial, su-

primiendo la pompa erótica, sugestiva, derrochadora, tediosa a veces, que precede y acompaña a la función reproductora.

Unión última de las células generatrices. Reafirmación del impulso vital tras la función genésica. Mecanismo reproductor complicado a medida que ascendemos en la escala animal. Dispositivos inseminadores, en plantas y animales, encaminados a compensar con una humedad subsidiaria y pasajera la falta de agua con que los organismos han topado a medida que la Evolución los ha empujado hacia la tierra firme y seca... Cuestiones henchidas de alta significación científica, todas ellas implicadas en el tema del libro que comentamos. Pero quizás por encima de todos los sugestivos problemas que suscita un libro de esta naturaleza figure éste: ¿Cuál es la significación biológica del sexo? ¿Por qué existen seres machos y seres hembras? ¿Es el sexo un lujo biológico, un deporte de la evolución orgánica, un mecanismo reproductor a la larga ineluctable? El lector hallará apuntadas en el prólogo las dos respuestas principales dadas por los biólogos a esta múltiple pregunta.

Yo me quedo con la primera respuesta: el sexo, y sobre todo la fecundación cruzada consiguiente, proporciona un amplio repertorio de posibilidades de variación y mutación a las especies que lo poseen, es decir, a las especies sexuadas. Las variaciones somáticas y las mutaciones del plasma germinal de los progenitores pueden ser combinadas y recombinadas en la descendencia: la Selección Natural podrá luego fijar estas adquisiciones, y la Evolución resultará enriquecida, acelerada y multi-forme. No en balde figura el sexo únicamente en las formas orgánicas algo complejas. El, el mecanismo del sexo, antes que el sistema nervioso, antes que los músculos y los huesos, constituye uno de los primeros peñañones que han posibilitado la eclosión final del *Homo sapiens*.—ALEJANDRO TARRAGÓ.

